

EL PORQUÉ DE LOS DICHOS: PARTES Y TODOS

(Capítulo 14 del libro *El candidato melancólico*,
Barcelona: RBA Libros, 2006)

JOSÉ ANTONIO MILLÁN*
<http://jamillan.com>

A lo largo de este libro hemos ido viendo una serie de fenómenos que se repiten y que tienen que ver con las partes y las totalidades.

Por ejemplo: una palabra que significa una parte de algo da nombre a todo ese algo (la *propina*, ‘regalo de bebida’, pasa a significar en general ‘regalo’). Y hay muchos más casos: uno de los más curiosos es el de *ventana*, ‘abertura en la pared de una casa’, que es un derivado de *viento*, y que en sus orígenes, en el siglo XIII, era el nombre de los ‘agujeros de la nariz’ (por donde entra y sale el aire) pasando de ahí a ‘respiradero’ y por fin al sentido actual.

O viceversa: es un todo el que da nombre a una parte (la materia *vinilo* da nombre al disco). Es lo ocurrido con la palabra latina *vagina*, ‘vaina’, que pasó al español en la forma *vaina*, con el mismo sentido. Pero en castellano también entró en su forma culta, *vagina*, para aludir no a cualquier vaina, sino a una concreta: el órgano femenino, que aloja al pene durante la cópula.

O incluso: una palabra que significa una parte de algo da nombre a otra de las partes (como el *verdugo*, ‘vara’, que se convierte en la denominación del que la esgrime). Hay otros casos curiosos en que el objeto da nombre a su portador. La *azafata*, ‘mujer que atiende a los pasajeros en aviones, etc.’, viene de la palabra árabe *safat*, ‘cesto, bandeja’. En el español del siglo XVI *azafata* significaba también ‘bandeja’, pero un siglo después era el nombre que recibía la criada de la reina que sostenía la bandeja mientras aquélla se vestía, de donde vino el uso actual. En catalán permaneció *safata* en su sentido inicial de ‘bandeja’.

* José Antonio Millán posee un amplia trayectoria como investigador y narrador. Entre otras cosas, dirigió la primera edición en CD-ROM del *Diccionario* de la RAE y fundó el Centro Virtual Cervantes. Aconsejamos al lector que visite su página personal en Internet: <http://jamillan.com>, donde encontrará una abundante cantera de materiales y curiosidades sobre Lengua, Literatura, Arte y Nuevas Tecnologías. Agradecemos vivamente al autor y a la editorial RBA su gentileza al permitirnos reproducir aquí este extracto del libro *El candidato melancólico*.

Vista desde la distancia, la lengua es como un líquido en ebullición: en su superficie aparecen multitud de burbujas; unas permanecen por un tiempo y otras estallan en seguida. A veces dos burbujas se funden en una nueva, o una se divide en dos, todo ello entre borboteos y agitaciones. La fuerza que agita el interior del líquido son los avatares de la historia humana: tanto los grandes movimientos históricos como los usos de las personas, y también las tensiones dentro de la propia lengua (palabras cuyos sentidos o sus formas confluyen o se separan). Los diccionarios son la fotografía de un momento de la superficie o, en ciertos casos, fotos sucesivas de distintos momentos. Pero es muy difícil ver la *película* del movimiento, porque estamos inmersos en ella...

En este capítulo vamos a pasar la película de algunos de estos movimientos que funden o disgregan diminutas burbujas dentro del gran caldero de la lengua.

Un caso en que se toma la parte en vez del todo es el de muchas expresiones formadas por un nombre y un adjetivo en las que el nombre se pierde y queda sólo el adjetivo, convertido entonces en sustantivo.

Un buen ejemplo es el del *periódico*, que en sus orígenes en realidad era... Pero leamos la cabecera de una publicación del siglo XVIII:

CORREO MERCANTIL
DE ESPAÑA Y SUS INDIAS
papel periódico
que de orden de S.M. [...]

El griego *hodós* significaba ‘camino’: con *peri*, ‘alrededor’, dio *periodo* (igual que con *ek*, ‘afuera’, dio *éxodo*, ‘salida’). *Periodo* originariamente indicaba el camino circular que describen los astros, y de ahí el sentido de ‘fragmento de tiempo que se repite’, que pasó al adjetivo *periódico*. Y el nombre de las primeras publicaciones informativas fue *papel periódico*, hasta que se perdió *papel* (quizás previendo que habrían de llegar los periódicos digitales).

O *pánico*: en griego significaba ‘relativo al dios Pan’, deidad juguetona que disfrutaba dando sustos a los pastores. Su sentido actual, ‘temor grande’, es la reducción de la expresión *terror pánico*, que encontramos utilizada en el pasado. Un autor mexicano de finales del siglo XVII hablaba del

terror pánico con que se han alborotado cuantos han visto el cometa con que por las mañanas de la mayor parte del mes de diciembre del año pasado de 1689 se hermoseó el cielo.

(Por cierto, *cometa* es una palabra griega, derivada de *comes*, ‘cabellera’). Y hay otros casos: el mismo nombre de *puñal*, que es una reducción de *cuchillo puñal*, ‘grande como el puño’.

En otros casos no hay huella cercana de la expresión completa. *Jabalí* es la reducción, ya en el mismo árabe de *hinzir yabalí*, ‘cerdo montaraz’. *Yabal* era ‘monte’, y su huella persistió en *Gibraltar*, de *yabalu Tarik*, ‘monte de Tarik’, en recuerdo del caudillo que encabezó la invasión musulmana (que entró precisamente por esa montaña). Ya hemos visto cómo las palabras traídas por el árabe *albondiga*, *sandía* o *acelga* son adjetivos que han perdido el sustantivo: ‘póntica’, ‘de Sind’ o ‘siciliana’.

Higado tiene un origen aún más curioso. En latín *iécur ficatum* era el hígado del animal alimentado con higos (*ficus*). Hoy todavía se mantiene esta práctica para cebar a las ocas que producen el delicioso *foie*, palabra francesa que viene también del latín *ficatum* (y si *ficatum* puede acabar en *foie* —pronúnciese /fua/—, cualquier cosa puede dar cualquier cosa).

Y un caso especial es el de las medias (de vestir), que provienen de la expresión *medias calzas*. Tan especial que merece un apartado nuevo.

En el origen está el latín *calceus*, ‘zapato’ (de donde viene nuestro *calzado*). Cuando los romanos tuvieron contacto con los pueblos germanos vieron que usaban una prenda que cubría pie y pierna (hoy diríamos una *media*), y la llamaron con un derivado de *calceus*: *calcea*, que pasó al español. Durante la Edad Media la población adoptó las *calzas*, que fueron extendiéndose hasta cubrir también el vientre, y llegaron a la cintura, manteniendo siempre el mismo nombre.

Pero en el siglo xvi la prenda se dividió en dos partes: la que cubría el vientre conservó el nombre de *calzas*, aunque se usó también en aumentativo: *calzón*. Las partes que vestían pie y pierna se llamaron *calcetas* (un diminutivo), o *medias calzas* (puesto que eran la mitad inferior de las *calzas* primitivas). La expresión *medias calzas*, siguiendo la tendencia general que hemos visto, se quedó en *medias*.

Pero otra revolución iba a acabar con ese estado de cosas, la aparición del *pantalón*, que llegó a España a finales del xviii. Oigamos lamentarse a un escritor medio siglo después:

desde que dejaron de existir zorongos [‘pañuelos’] y redecillas; desde que dieron un estirón convirtiéndose en pantalones los calzones de nuestros abuelos, ha ido degenerando de día en día aquella especial y vigorosa raza que, si todavía no reniega de sus peculiares instintos, poco o nada conserva de sus antiguos hábitos.

Quizás sea ahora el momento de recordar que *pantalón* (igual que *calzón*, etc.) pertenece a esa curiosa estirpe de palabras que pueden funcionar igual en singular que en plural: la frase «Vengo de comprarme unos pantalones» se puede usar aunque se haya comprado sólo uno. La explicación es que, lo mismo que ocurre con *tijeras* o *narices*, son palabras que designan objetos dobles (las dos perneras del pantalón, las dos hojas de la tijera o las dos *ventanas* de la nariz).

Pues bien: como el nuevo *pantalón* llegaba hasta el tobillo, las *medias* ya no necesitaban subir hasta el muslo o la rodilla, y siguieron disminuyendo (excepto en las

mujeres, que no usaban pantalones), hasta llegar a cubrir sólo el pie. Para aludir a esta nueva prenda se usó la palabra *calcetín* (¡el diminutivo del diminutivo *calceta!*), aunque en América se siguieron llamando *medias*.

Por recapitular este singular viaje (Fig. 1): hemos pasado de una prenda del pie (el *calceus* primitivo) a llegar a cubrir hasta la cintura (*calzas*), para dividirse y quedar una parte reducida de nuevo al pie (*calcetín*), todo ello en un par de milenios y sin abandonar la misma raíz.

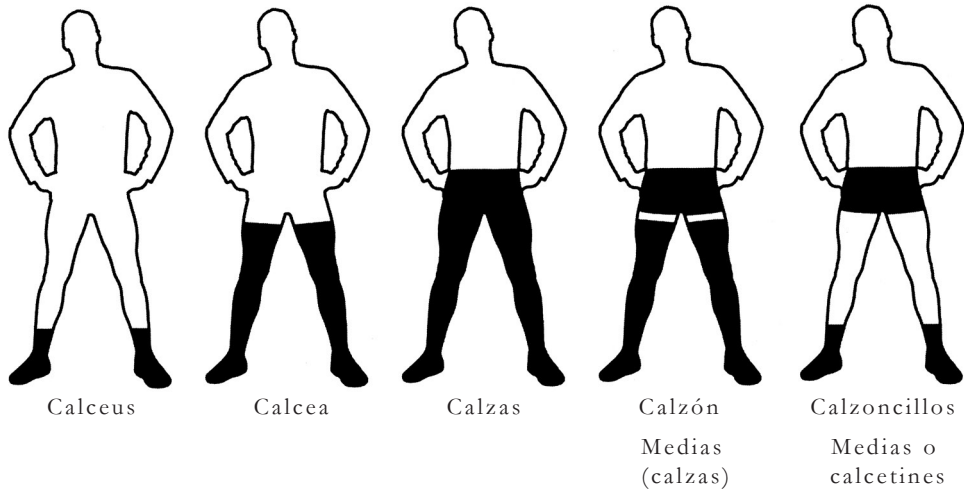


Fig. 1. Evolución de la raíz de *calza* desde el latín hasta nuestros días.

Y aquí acabaría la historia de esta productiva palabra de no ser porque las prendas que antaño fueron exteriores pasaron al interior. (Ahora que he escrito *antaño* no puedo dejar de señalar que aquí tenemos otro paso de la parte al todo: *ante annum* significaba en latín ‘el año pasado’, pero hoy indica en general ‘en el pasado’). Los avatares del nombre de la ropa interior son aún más complicados que los de la exterior, porque a las modas y a la introducción de nuevas prendas se unen las dinámicas de eufemismo y sustitución que vimos anteriormente.

Con la llegada del pantalón los *calzones* quedaron relegados a nombre de la ropa interior, tanto masculina como femenina. Durante un periodo las mujeres llamaron también *pantalones* a su ropa interior (y en algunos países de América las ‘bragas’ se siguen llamando con el diminutivo *pantaletas*). Pero en su versión para hombres los calzones pronto pasaron a llamarse *calzoncillos* (¡el diminutivo de un aumentativo!). Ese nombre permaneció largo tiempo, pero cuando en la década de 1960 se importaron del extranjero unas prendas exiguas que, a diferencia de los antiguos calzones, tenían forma de taparrabos, vino con ellas su nombre inglés, *slip* o *braslip*. Para no

desentonar, el calzoncillo con la forma tradicional pasó a llamarse *boxer*, ‘boxeador’ (aquí se da al objeto el nombre de quien lo utiliza, al contrario que en *azafata*).

Mientras tanto, había otra palabra de larguísima tradición, *braga*, que los romanos habían cogido de los galos: obsérvese que, como había ocurrido con las *calzas*, son los *bárbaros* los que van proporcionando vestimentas. Pero la prenda se remonta aún más atrás, si hemos de creer al autor del libro *Invencionario* (mediados del siglo xv) en el capítulo titulado precisamente: «De los inventores de las bragas y de los nombres diversos de ellas»:

Y por eso ellos [Adán y Eva] según el texto [la Biblia] aquellos miembros [los vergonzosos] de bragas de hojas de higuera cubrieron.

Bragas en algún momento fue sinónimo de *calzones*, tanto masculinos como femeninos, pero acabó especializándose para la prenda femenina. Sin embargo su diminutivo *bragueta* (que ya era ‘apertura en el calzón’ para el diccionario de Covarrubias, 1611) quedó para las prendas masculinas. Como el *calzoncillo*, la *braga* femenina también ha sido recientemente sustituida por el nombre anglosajón *slip*, o bien se usa en formas suavizadas como el diminutivo *bragueta*, que utiliza incluso la Academia en su definición de *biquini*: «Conjunto de dos prendas femeninas de baño, constituido por un sujetador y una bragueta ceñida».

¿Y las *medias*, qué había ocurrido con ellas? Pues que con la llegada del *pantalón* se convirtieron en prenda únicamente femenina (salvo en el sentido americano de ‘calcetín’). Y cuando hace tres o cuatro décadas subieron de nuevo hasta la cintura —¡volviendo al mismo sitio al que habían llegado las calzas en el siglo xv!— se llamaron *media-pantalón* o, usando una palabra inglesa, *panty* (que ya era diminutivo de *pantaloón*). Ya existía la palabra *leotardos*, pero se especializó para un tipo de *panties* más gruesos. Claro que los adelantos en lencería han acuñado después el término *panty-braga*, como demostración de que la historia de las palabras nunca se puede dar por cerrada...

